



MISSIÓ PERMANENT DEL PRINCIPAT D'ANDORRA A LES NACIONS UNIDES

*CINQUANTE-NEUVIÈME SESSION DE L'ASSEMBLÉE GÉNÉRALE DES NATIONS UNIES
QUINCUAGESIMA NOVENA SESION DE LA ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS
FIFTY-NINTH SESSION OF THE GENERAL ASSEMBLY OF THE UNITED NATIONS*

DISCOURS DE S.E. M. MARC FORNÉ MOLNÉ
PRÉSIDENT DU GOUVERNEMENT DE LA PRINCIPAUTÉ D'ANDORRE

DISCURSO DEL EXCMO. SR. DON MARC FORNÉ MOLNÉ
PRESIDENTE DEL GOBIERNO DEL PRINCIPADO DE ANDORRA

STATEMENT BY H.E. MR. MARC FORNÉ MOLNÉ
PRESIDENT OF THE GOVERNMENT OF THE PRINCIPALTY OF ANDORRA

New York, mercredi le 22 septembre, 2004
Nueva York, miércoles, 22 de septiembre de 2004
New York, Wednesday, September 22nd, 2004

*Original in Catalan
Text in French, Spanish and English*

*Vérifier à l'édition
Check against delivery*

**Sr. presidente, Sr. secretario general,
Excelencias, señoras y señores,**

Hace una década, fui elegido jefe de Gobierno de mi país. Era el año 1994, un momento de esperanza para el mundo y para la Organización de las Naciones Unidas. El colapso del sistema comunista y del telón de acero, la emergencia de nuevas democracias en el mundo junto con unas perspectivas económicas positivas, nos permitían imaginar un futuro mejor para la humanidad en el siglo XXI.

Diez años después, vivimos con mucha preocupación en un mundo cada vez más violento, en el que los ataques terroristas encuentran una respuesta militar y las respuestas militares parecen engendrar nuevos ataques terroristas. Parece que estamos atrapados en un terrible remolino de represalias, en una espiral de odio, de fanatismo y de insensato derramamiento de sangre. Los medios de comunicación nos muestran cada día imágenes de gente inocente y de soldados que pierden la vida en estos conflictos. Cada vez nos jugamos más, pero la causa de la paz mundial parece cada vez más vulnerable. Incluso se convierte en banal la llegada a todos los hogares, en imágenes y en tiempo casi inmediato, de los sucesos más dramáticos que se producen en cualquier lugar.

Los estados de ánimo que me ha inspirado el privilegio de poder venir tantas veces a esta Asamblea en nombre de mi país, han pasado de la lógica fase de curiosidad inicial, del ansia de conocer y aprender, a una fase mucho más escéptica, pasando por períodos de grandes interrogantes sobre el papel que todos nosotros jugamos en estas historias.

Queremos ser positivos, optimistas y no traicionar el legado de paz, de concordia y de abierta acogida que son la esencia de la vida de las andorranas y los andorranos. Pero hay que decir que cada vez cuesta más creérselo. De pensar que aquellos principios que inspiraron, por ejemplo, la creación de los Estados Unidos de América todavía pueden prevalecer.

Porque ahora la noción de guerra preventiva nos ha hecho tambalear a todos. El principio de "ataca antes de que te ataquen" no lo han inventado ahora. Pero parecía que era una reminiscencia tribal o una forma de actuar propia de otras épocas, por otra parte no demasiado remotas, de la misma historia de Europa.

Las grandes preguntas son: ¿Qué justifica un ataque preventivo? ¿Qué país o países representan una amenaza suficiente que permita tomar este tipo de riesgo? ¿Por qué atacar un país y no otro, quizá igualmente peligroso? ¿Es que el sufrimiento de algunos pueblos es más significativo que el sufrimiento de otros y, por lo tanto, más merecedor de una actuación? ¿Los convenios de derecho internacional deben ser dejados de lado por miembros de las Naciones Unidas, igual que hacen los terroristas anárquicos?

Hoy lo que quisiera hacer es reflexionar sobre las cosas que podemos aprender del pasado que nos guiarán hacia un futuro más seguro y prometedor.

Para los países que respetan y admiran profundamente la historia de libertad de los Estados Unidos —y Andorra se encuentra entre estos países— es constatar que la doctrina del ataque preventivo ha generado un grado de desconfianza creciente entre gobiernos y pueblos. Después del desbordamiento mundial de solidaridad que siguió a los ataques terroristas de Nueva York y Washington, esta percepción distinta es profundamente preocupante.

Nadie puede pretender tampoco que la solidaridad es suficiente. La solidaridad mundial fue la reacción a los ataques sobre Nueva York y Washington; a la gente de Andorra nos afectaron de manera muy directa los atentados de Madrid de hace seis meses. Hace poco Rusia se añadió a la lista de desastres. Pero la solidaridad sola no puede romper el ciclo de miedo y violencia.

Debemos afrontar las causas del terrorismo, entender las fuerzas que le dan poder, para responder, juntos, con los protocolos legales. Mañana mi país depositará los instrumentos de ratificación de cuatro de los convenios contra el terrorismo y la resta de ellos están en la agenda de Gobierno para ser presentados a ratificación en el curso del próximo año.

No podemos permitir que el terrorismo desmiembre estas leyes, porque hacerlo significaría deshacer el tejido del comportamiento civilizado que sirve de red de seguridad en la cultura moderna. En vez de aislar una nación de otra, en vez de suponer posturas políticas moralizadoras e interesadas, en lugar de ceder al miedo, debemos reconocer que nuestra vulnerabilidad común va de pareja con la humanidad que también compartimos.

Permitir que cada miembro de la comunidad internacional se dé cuenta de que lo que les pasa a los otros nos puede pasar a nosotros, crea una base para la tolerancia y el entendimiento. Podríamos ser mucho más fuertes en la lucha contra el terrorismo si de verdad actuáramos juntos todos los países representados en las Naciones Unidas. Un Consejo de seguridad reforzado por una voluntad común de erradicar el terrorismo podría hacer mucho más que acciones aisladas apoyadas solamente por unos cuantos gobiernos sin sintonía con sus ciudadanos o, en algún caso, contra la opinión mayoritaria de los mismos.

Debemos devolver a las Naciones Unidas su sentido de la determinación y la capacidad de ayudarnos a todos en la tan importante lucha contra el terrorismo. Hago un llamamiento en particular a los estados que son miembros permanentes del Consejo de Seguridad para que reflexionen sobre lo que pueden conseguir juntos, con el apoyo de todos los demás estados miembros de las Naciones Unidas, para preservar el orden internacional y los modelos de comportamiento civilizado que esta organización representa por encima de todo y que a la humanidad le ha costado tantos milenios de sufrimiento y progreso conseguir.

En esta dirección, Andorra apoyaría un aumento del número de miembros del Consejo de Seguridad, hasta 24, para asegurar una representación más fiel de la realidad del mundo actual en este importante órgano de toma de decisiones.

Excelencias, señoras y señores,

Creo que la energía que anima el ciclo de violencia resulta de la creación de abstracciones en las que nos escondemos —abstracciones de nación, religión o raza. Escondemos nuestra vulnerabilidad tras un tipo de certezas rígidas o de rectitud moral. La ignorancia, el desconocimiento de la diferencia generan xenofobia y racismo.

No sirve de mucho preguntarse ahora si los resultados hubieran sido distintos y si los peligros a los que hoy nos enfrentamos podrían ser menos graves si se hubieran aplicado políticas distintas después de los criminales e inexcusables ataques del 11 de setiembre, si el proceso de paz en Israel y Palestina hubiera tenido más éxito o si nosotros, en Naciones Unidas hubiéramos sido capaces de jugar un papel distinto. Es verdad que nuestra respuesta, como Organización de las Naciones Unidas, a otras crisis internacionales ha sido imperfecta en aspectos que continuamente nos esforzamos en rectificar. Pero los resultados han sido inestimables. Nuestros esfuerzos han evitado peores derramamientos de sangre, más daños a los oprimidos, traumas y desesperaciones más extremas. ¿De qué sirve esta organización, si nos falta la sabiduría y la fortaleza moral para intentar reconciliar a nuestras naciones hermanas? ¿Cómo podríamos seguir esperando paz y justicia en el mundo si Naciones Unidas dejara de cumplir su misión?

Andorra no ha sido nunca un país rico y sin embargo sus habitantes han sido siempre libres. En este sentido tenemos una historia privilegiada. Otras naciones han sufrido grandes privaciones y guerras fratricidas, han perdido costumbres y tradiciones y han tenido que huir hacia el éxodo y el exilio.

Conscientes del deber moral que tenemos hacia los demás, hace tres años, nos planteamos el objetivo de aumentar nuestra ayuda al desarrollo hasta el 0,7% de nuestro presupuesto para el próximo año. Aunque ello nos ha significado un esfuerzo como país pequeño, me complace informarles de que la promesa se cumplirá. También estoy seguro de que mi sucesor al frente del Gobierno continuará aumentando la contribución de Andorra en los objetivos de desarrollo hasta llegar al 0,7% del producto interior bruto. También entraremos como miembros en la FAO para ayudar a hacer realidad su loable misión.

Vivimos en un mundo con recursos y oportunidades limitados. La competencia para apropiarnos de ellos aumenta con el crecimiento de la globalización. El peor resultado de la inevitable futura competencia serían demandas cada vez más violentas por parte de una nación u otra. Ahora bien, las cuestiones esenciales que nos enfrentan no se pueden ubicar en una parte del globo ni pueden ser definidas en términos de ventajas o intereses de una única nación. La preservación del medio ambiente, el mantenimiento de una

economía global fuerte, de niveles de vida dignos, de relaciones políticas seguras y pacíficas, todo requiere un esfuerzo concertado.

Esta labor no será fácil. Requerirá todo el coraje, energía, talento diplomático y habilidades comunicativas que podamos aportar. Nuestra labor conjunta no ha sido nunca tan importante como la del próximo año.

Ayer escuché atentamente las palabras del Secretario General de las Naciones Unidas, que en su discurso de apertura nos puso el listón muy alto para todos.

Señor Secretario General, quiero felicitarle de todo corazón por el coraje de sus palabras.

He escuchado discursos impresionantes en esta sala durante diez años.

El suyo de ayer fue el mejor, con diferencia, sobre cualquier otro.

Excelencias, señoras y señores,

Aunque Andorra entró en las Naciones Unidas hace poco más de una década, nuestro país no es nuevo. Más bien lo contrario. El Principado de Andorra es una de las naciones más antiguas y más pacíficas del mundo. Nuestras fronteras siguen sin cambios desde hace cientos de años y hemos ejercido una democracia parlamentaria durante más de la mitad de este período. De hecho, hemos conocido una paz ininterrumpida desde 1278.

En el siglo XIII, durante la violenta época de las herejías cataras que estremecieron nuestra parte del mundo, dos señores poderosos— el conde de Foix en el Norte y el obispo de Urgell en el Sur — fueron capaces de dejar de lado las diferencias religiosas y políticas para negociar un acuerdo que hizo posible el estado andorrano. Conservamos, a través de la Constitución de 1993, sus sucesores, el presidente de la República Francesa y el actual obispo de Urgell son hoy nuestros jefes de estado, de manera personal, conjunta e indivisa. La existencia continuada de Andorra a lo largo de los siglos ha sido efectivamente el resultado de una voluntad de transacción hábil y constante entre el pueblo y los vecinos poderosos.

El proceso democrático que empezó con la creación del Consejo de la Tierra en 1419, fue esencial para sobrevivir como comunidad libre. Aunque los conflictos también han amenazado Andorra a lo largo de su historia, el entendimiento mutuo nos ha protegido tanto como los altos picos de las montañas que nos rodean, más que los duros inviernos que nos aislaban durante semanas y semanas del mundo exterior. Cuando leo documentos andorranos de los siglos pasados reconozco con qué profundidad las ideas de independencia y respeto por los demás nos han asegurado el bienestar y la seguridad.

Después de la sangrienta historia de Europa durante los últimos milenios, consideramos que este hecho es excepcional. Nunca hemos tenido un ejército ni producido ni una sola arma defensiva de ningún tipo. Nuestra única arma ha sido la sabiduría y la prudencia de nuestros antepasados que supieron quedarse fuera de las luchas vecinas. Una sensatez que han heredado las nuevas generaciones de jóvenes andorranos y andorranas muy preparados para el mundo que tenemos; abiertos a todos los

conocimientos de las nuevas tecnologías; llenos del legítimo orgullo de sentirse miembros de un pequeño estado en el que tienen todas las posibilidades de ser actores principales de su futuro. Atónitos sin embargo ante el crecimiento de todos los integristas religiosos y fanáticos nuevos y el retomo de los antiguos que ya dábamos por olvidados.

Les debemos transmitir, en esta alba de nuevos tiempos, la confianza que hemos depositado en la Organización de las Naciones Unidas y en la supremacía del derecho sobre la fuerza. Así nos lo enseñaron nuestros padres y así lo deberán aprender nuestros hijos, para ser miembros dignos de la humanidad.

Muchas gracias